

los estadistas solo han hecho constar cinco. Además, los bandidos italianos de que se ha hablado tanto, deben su origen, ó mas bien su desarrollo, no á una disposicion particular á los habitantes de la Península, sino á las guerras de invasion que en todos épocas desolaron este hermoso país.

Demasiado débiles para luchar cuerpo á cuerpo con sus enemigos, y especialmente con los ejércitos franceses, los Italianos como los Españoles, recurrieron á la guerra por partes. Despues de la conquista, muchas bandas armadas se negaron á disolverse y acabaron por ganar su subsistencia atacando á los viajeros. Se les encontraba sobre todo en Calàbria, en los Apeninos y en las montañas del Latium, en los confines de los Estados pontificios y los napolitanos. Escogian de preferencia este último refugio, porque no teniendo lugar la extradicion, se ponian fácilmente en seguridad al pasar de un territorio al otro; tal es la razon del establecimiento de las *guardiole* en las fronteras de los reinos. Hoy que la extradicion es un convenio, los bandidos han desaparecido casi enteramente.

Acabábamos de dejar á nuestros bravos carabineros, cuando llegamos á *Torre de Confini*. Esta es una posta de aduana, provista de un destacamento de tropas de línea. La vista de su nuevo uniforme, de una nueva bandera, la exigencia de pasaportes, en una palabra, todas las formalidades ya conocidas, nos advirtieron que entrábamos á un nuevo Estado; este era el reino de Nápoles. Por otra parte, nada anuncia todavía la tierra prometida de la Italia, el Paraíso de la Europa. El camino sigue el mismo, corriendo invariablemente en un pequeño valle, limitado en una parte por el mar y en otra por una cadena de montañas casi todas volcánicas. Un poco mas acá de Fondi se ve á la izquierda la famosa gruta en la cual Séjan salvó

la vida á Tivprío. Este príncipe, acompañado de su favorito, se dirigia á Campánia. Al llegar cerca de Fondi, se detuvo en un lugar llamado *la vila de la Caverne*, endonde le fué dado un banquete verdaderamente romano, así como á Séjan y á otros muchas personas, en una gruta cavada por la naturaleza. A la mitad de la comida se desprenden repentinamente de la bóveda algunas piedras, obstruyen el paso y matan á muchos esclavos; el espanto se apodera de todos los convidados, que tratan de salvarse en precipitada fuga. Séjan apoyado en su cabeza, en las rodillas y en las manos, cubre al emperador de la caída de las piedras y del choque de los fugitivos. En esta postura le encontraron los guardias que acudieron á socorrer á su señor. Una confianza ilimitada de parte de Tiberio fué el precio de esta accion. ¹ Hé aquí el origen de las grandes fortunas.

Las inmediaciones de Fondi parecen funestas al viajero. No léjos de la gruta de Tiberio, se encuentra la bajada en donde pereció miserablemente Esmenardo. Desterrado á Italia por orden de Napoleon, por una sátira al embajador ruso, el cantor *de la Navegacion*, salia de Nápoles para volver á Francia, cuando en el camino de Fondi fué arrastrado por fogosos caballos, cayó del coche y se rompió la cabeza contra una roca; esto pasaba el 25 de Junio de 1811. Da pena que no se encuentre, á falta de otro monumento, una simple cruz que recuerde al viejero frances el lugar en donde pereció nuestro jóven y brillante poeta.

A las diez entrábamos en la pequeña ciudad de Fondi; ciudad, si acaso se ha de dar este nombre á un conjunto de casas informes, arrojadas sin regularidad á un lado de una cresta árida, y habitadas por una poblacion miserable que no parece te-

¹ Tacit, *Annal.* lib. IV, n. 9;

ner voz. más que para pedir la *botiglia* (botella). Tal es el nombre que toma en el reino de Nápoles, *la buona mancia* ó el *bicchiere* del Oeste y del Norte de la Italia. Una multitud considerable de hombres, de mujeres, de niños harapientos, rodeó en un abrir y cerrar de ojos el coche, que se detuvo en la plaza para sufrir las investigaciones de la aduana. El jefe de la posta, con un aire enfatuado, envuelto en su capa verde, nos recordó, punto por punto, á aquel Aufidio Lusco, pretor de Fondi, con su manto pretexta y su laticlavio, del cual se burlaron agradablemente Horacio y sus ilustres compañeros:

Fundos Aufidio Lusco præ toro libenter
Linquimus, insani ridentis præmia scribae,
Prætextam, et latum clavum, prunaque batillum.
Hort. sat. 5.

De Fondi luego fuimos, riendo
De un Aufidio, pretor que fué escribano,
Que la pretexta y laticlavio ufano
Y el pebetero ardiendo
Lleva siempre doquiera que concurre.

Traduccion de Burgos.

Aprovechando nuestra parada forzosa, fuí á visitar en el convento de los Dominicos, situado del lado del mar, la celda de Santo Tomás. ¿Quién duda de esto hoy? Allí, en una bicoca sin nombre, entre las negras paredes de una pequeña celda de cerca de 12 piés de longitud por 5 de latitud, radió el astro brillante que iluminó la edad média, y que ilumina todavía con su luz viva y pura á la teología católica. Así es como las órdenes religiosas hacian madurar en el silencio y en la oscuridad de un largo retiro los poderosos talentos que debian un dia admirar al mundo y dirigirle; la costumbre de los invernaderos, usada en nuestros dias respecto de la especie humana, no era conocido de los antiguos más que para los melones y las legumbres. En el jardin del convento se muestra todavía un naranjo plantado por mano del doctor. La pobre ciudad de Fondi conserva el recuerdo de otro acontecimiento, cuyas lamentables huellas se ven

en su fisonomía como los golpes del mar en el bajel sin mástil. En el siglo décimo-sexto, el famoso corsario Barbaroja desembarcó repentinamente durante la noche en la playa vecina y trató de arrebatarse á Julia de Gonzaga, viuda de Vespasiano Calonne, condesa de Fondi. La empresa fracasó, y el corsario, para vengarse, puso la ciudad á sangre y fuego y llevó á una parte de sus habitantes como esclavos; desde esa época Fondi no se ha levantado de sus ruinas. La única gloria que le queda son los *Montes Cæcubi*, cuestas vecinas que producen ya hace dos mil años los vinos generosos, tan buscados por los señores del mundo. ¹

Como Horacio, así nosotros dejamos á Fondi con gusto, para dirigirnos por el mismo camino que el poeta á Itri, el *Urbs Mamurrarum* de los antiguos. Parece que la noble embajada no llegó á esta ciudad sino al caer la tarde, puesto que allí pasó la noche, mientras que nosotros hicimos nuestra entrada bajo los rayos de un sol abrasador. Por lo demas, Itri no es más que una pobre aldea en donde todo anuncia que el viajero buscaria en vano la casa de Murena y la cocina de Capiton.

In Mamurrarum lassi deinde urbe manemus,
Murena præbente domum, Capitone culinam.

En la patria de Mamurra
Alojónos Murena,
Y diónos Capiton muy buena cena.

Ademas, nos hubiera sido agradable permanecer allí, si como Horacio, hubiéramos podido prometernos el gusto de encontrar al dia siguiente á Plócio, á Vário y á Virgilio, las almas mas candidas que jamas ha producido la tierra. *Anima quales neque candidiores terra tulit.* Al salir de Itri no se tarda en descubrir, á través de los olivos salvajes que están á la orilla del camino, una vasta extension del mar Tirrenio; este es el Golfo de Gaeta; Mola no

¹ Cæcuba fundanis generosa coquuntur amyctis.

está mas que á algunas millas. Antes de entrar en esta pequeña ciudad deliciosamente situada, el viajero se detiene ante un antiguo monumento que pasa por ser el sepulcro de Ciceron. ¹ Aunque en este punto todos los arqueólogos no estén de acuerdo, es por lo mismo cierto que el ilustre orador fué asesinado en aquellos lugares por los sicarios de Antonio y enterrado por sus libertos, á los cuales se les atribuye la ereccion del mausoleo, cuyas grandes ruinas saludamos. Como los monumentos fúnebres de la antigua Roma, se levanta en forma de torre redonda, á la altura de 30 ó 40 piés. La cúspide ha desaparecido, los mármoles y las esculturas han sido quitadas, y hoy plantas parásitas ocultan la desnudez de aquella tumba, así como ella ocultó la nada del hombre, cuyo nombre ha llenado el universo.

Eran más de las doce cuando entramos, con un tiempo magnífico, á *Mola di Gaeta*. El vasto panorama que se desarrolla repentinamente es tanto más hermoso, cuanto menos esperado y cuanto contrasta más con el estrecho horizonte del valle solitario en cuyo fondo ha caminado largo tiempo el viajero que viene de Roma. Delante de nosotros el mar, cuya superficie brillaba como un inmenso espejo herido por los rayos del sol; á la derecha Gaeta con sus agudas torres, que aparecía á lo léjos como una ciudadela edificada en medio de las olas; á la izquierda los montes volcánicos que se prolongan hasta las ruinas de Minturna, Mola plantada en la orilla como una mirabel para abrazar aquella grande escena; este espectáculo encantador nos hizo comprender que llegábamos al paraíso de la Europa. Entramos al hotel por una avenida limitada por laureles, rosas y mirtos blancos en plena flor é hici-

¹ El autor de las *Antigüedades Ciceronianas*, etc., lo coloca al pié del monte Acerbara, en frente de la torre, á la derecha de la vía Apiana.

mos colacion en una sala que ve al mar. En cuanto á su posicion, es como el punto de reunion de las bellezas de la naturaleza y de los grandes recuerdos de la historia. Abajo de esta sala en donde nosotros, viajeros cristianos, tomábamos nuestra comida de penitencia, Ciceron, el austero Ciceron, nadaba en toda suerte de delicias, se bañaba en tinas con pavimento de mosaico y jugaba en jardines embalsamados por naranjos y limones; nosotros estábamos en el lugar mismo de *Formia y Formianum*, vila del gran orador.

Visitamos con cierto interes los desfigurados vestigios de ella; porque la vanidad romana, la locura del ser de un dia que pasa su efímera existencia en edificar palacios, para no dejar mas que ruinas, llena el alma cristiana de graves y saludables pensamientos. En las termas leí la inscripcion siguiente, colocada encima de una fuente de agua dulce que sale de la roca á dos pasos del mar:

NYPHÆ ARTACEÆ
BIBE, LAVA, TACE.

Segun los poetas, aquí, cerca de la fuente Artáquia, fué donde encontró Ulyses á la hija de Antífates, rey de los Lestrigones, que iba á tomar agua allí.

Mola ofrece todavía algunos restos de un teatro, de un anfiteatro, de un templo de Neptuno, de las vilas de Scauro y de Adriano. A los recuerdos de Lésio y de Scipion, grandes hombres que en estas orillas jugaban al rebote como niños, se añade el del papa Gelacio y el del ilustre cardenal Cayetano, á quien Gaeta se gloria de haber dado á luz. Fijando nuestras miradas en esta ciudad, que el tiempo nos permitió visitar, pudimos percibir el *Corvo*, en el cual se levanta la famosa *torre de Rolando*. No es otra cosa que la tumba de Lúcio Munácio Planco, discípulo de Ciceron y que fué, si no me engaño, el fun-

dador de Leon. En la catedral de Gaeta se conserva todavía el estandarte ofrecido por San Pio V á D. Juan de Austria, generalísimo de las tropas cristianas en la jornada de Lepanto.

Cuando se ha dejado á Mola, cuya pobreza contrasta penosamente con la riqueza del suelo, se costea durante muchas millas aquella hermosa porcion del mar Tirrenio llamada el golfo de Gaeta. Risueños pensamientos y gratiosos recuerdos acompañan al viajero hasta Trajetto; pero la vista de esta pequeña aldea presenta de pronto impresiones muy diferentes: *¡Trajetto reemplaza á Minturna!* En los pantanos inmediatos á esta ciudad se vió obligado á ocultarse Mário, el vencedor de los Cimbrios. Mas descubierto por los emisarios de Sylla, fué arrojado á las prisiones de la ciudad, de donde se escapó para salvarse en Africa. *¡Salud á la ciudad famosa, de la cual no queda más vestigio que un largo y bello acueducto!* Salud á Mário, cuya gran sombra parece esperar al viajero y decirle: "Vé á decir á los ambiciosos que has visto á Mário oculto en los pantanos de Minturna."

Por lo que hace á mí no tendré de Minturna otro recuerdo. En aquellas ruinas perdí mi... caja de polvos. Todos los que son dignos de apreciar la ventaja de tener una caja de polvos en un viaje, se asociarán á mi justo dolor. Una caja de polvos es una caja de Pandora en la cual se encuentra siempre la esperanza, porque en ella se encuentra el secreto de despertar el espíritu y de hacerle adivinar los expedientes más propios para sacaros de dificultades; la caja de polvos es un descanso tan útil como agradable; ella es un vínculo social que os pone de pronto en relacion de intimidad con el hombre á quien nunca habeis visto; ¡y haber perdido yo la mia! ¡Adios caja nivernesa, precioso recuerdo de la Francia! ¡Gracias te sean da-

das por los largos servicios que me prodigaste! ¡ojalá y caigas en manos de un aficionado á ella, que sepa tratar con las atenciones debidas á una extranjera desgraciada! ¡Adios Minturna; mucho tiempo todavía, al entregarme á una dulce y saludable costumbre, me acordaré de tí! En tus lagunas solitarias lloró Mário sus infortunios y yo en tus ruinas lloraré mi caja de polvos.

Para secar mis lágrimas, que os ruego no vayais á creer que fueron muy amargas, ni muy abundantes, fué necesario nada ménos que la vista de la bella Campaña; llegábamos á las orillas del Liris, hoy el *Garigliano*. Se le atraviesa en un hermoso puente de fierro, único con el de Pavía que posee la península Itálica.

Las aguas del rio rechazadas por el mar forman lagunas que presentan una posicion militar formidable. Gonzalo de Córdoba lo habia comprendido así, cuando se refugió allí con un débil cuerpo de ejército para esperar á los Franceses. Acusado de temeridad por sus propios oficiales, les respondió heroicamente: "Quiero mejor encontrar mi tumba ganando un pié de tierra al enemigo que alargar mi vida cien años retrocediendo algunos pasos." El acontecimiento justificó esta resolucion. Nuestros ardientes compatriotas fueron derrotados completamente; esto era en 1503. Ya era casi noche cuando recorriamos aquellos lugares funestos. Esta circunstancia añadía una oportuna tristeza, como la de Brantome en su relacion, que cada uno podia repetir: "¡Ah! yo he visto aquellos últimos lugares y tambien el Garillan, y esto era por la tarde al ponerse el sol cuando las sombras y los mares comienzan á aparecer como fantasmas, más bien que á otras horas del dia, y me parecia que aquellas almas generosas de nuestros bravos Franceses muertos allí, se levantaban de la tierra y me hablaban, y ca-

si respondia á las quejas que yo producía por su combate y su muerte. 1.^o

Al atravesar el Garigliano se da un adiós al Latium, porque del otro lado del río se ponen los piés en la Campaña ó *tierra de Labor*. Este nombre le viene de la admirable fertilidad del suelo y de la inteligente cultura que saca de ella productos y la da belleza. En la llanura la viña se une constantemente al olivo y da sombra á una tierra cubierta de ricas cosechas. Los lados están cubiertos de una vegetación no ménos vigorosa, y oímos cerca de nosotros á la musa de Horacio que cantaba á los vinos del monte Massico, *veteris pocula Massici*, cuyas verdes crestas se levantaban á nuestra izquierda. Bien pronto se calló, desapareciendo con el poeta en la sombra de la noche que nos envolvió á nosotros también. El frío que llegó á ser muy vivo y el cielo brillante de estrellas, nos permitía ver las dos cadenas de montañas entre las cuales debíamos viajar largo tiempo. El miedo se apoderó de la caravana; pero ¡ay! tan dichosos como en el paso de los Apeninos, no pudimos ver ni la cara, ni aun la sombra de un bandido. Adios de poéticos episodios; á las diez de la noche llegábamos sanos y salvos á la pequeña aldea de Santa Agata, en donde pasamos la noche.

17 DE FEBRERO.

Recuerdo de Anibal.—Cápua.—Anfiteatro.—Mosáicos.—Catedral.—Recuerdos de Belarmino.—Aversa.—Establecimiento de dementes.—Nápoles.—Los Lazzaroni.

Admirar y bendecir, hé aquí todo lo que se puede hacer, al ver una hermosa salida del sol cuando se atraviesan los campos tan graciosamente accidentados que se extienden desde Santa Agata hasta

1 Vida de Gonzalo de Córdoba.

Cápua. Allí encontrareis campos en Cultivo; mas léjos largas filas de álamos entrelazados con viñas hasta la cúspide de sus verdes pirámides y lanzándose á uno y otro lado en festones cargados de racimos de uvas; luego campos de rosas cultivadas y aun rosas salvajes, más olorosas que las rosas domésticas, porque parece, dice Plinio, que esta tierra encantadora no quiere producir más que cosas agradables 1; llanuras de mirtos, y para completar la seducción y animar aquellos bosquecillos, una gran cantidad de palomas se arrullan bajo sus sombras. El suelo de Campaña, según lo describía Varron, es todavía tan ligero que se trabaja en él con asnos 2. Esta provincia tiene por otra parte un inconveniente que Horacio había notado ántes que nosotros y cuya desagradable presencia no tardamos en sentir; cuando hace aire, se ve uno abrumado por torbellinos de polvo,

..... Trahentia pulveris atri
Quantum non Aquile Campanis excitat agris.
Lib. 11 Sat. 2.

.....
"En la mesa de improviso
Armando tal pelvareda,
Como un recio torbellino."
Traducción de D. Javier de Burgos.

Poco á poco se acostumbra la vista al deslumbrador espectáculo, las impresiones pierden su vivacidad y grandes recuerdos vienen á procurar al alma placeres de otro orden; en estos lugares todo habla de Anibal. La conducta tan diversamente juzgada del gran capitán llegó á ser materia de una larga é interesante conversacion; cada uno tomaba parte en ella, quien en pro, quien en contra del general cartaginés. Hubiera debido marchar sobre Roma inmediatamente después de la batalla de Cannes, y atacar á la ciudad cuando el terror se había apoderado de todas las almas; tal era el lenguaje de

1 Lib. XVIII, 11.

2 R. de re Rust., 1. 10.

sus adversarios que condenaban altamente su permanencia en Cápua.—Sin duda respondían sus defensores, que Anibal hizo mal de dejar gozar á su ejército en las delicias de Cápua; él hubiera debido ocuparlo en trabajos, en marchas y en contramarchas, á fin de tenerlo listo. En cuanto á marchar á Roma inmediatamente después de la derrota de los cónsules, ¿podía hacerlo prudentemente? Desde su entrada en Italia había perdido Anibal mucha gente; no tenía máquinas de guerra; ignoraba además la negativa de socorros de su ciega patria; los romanos no estaban desalentados. Atacar á Roma era exponerse á un choque que comprometería su reputación y le haría perder en un día el fruto de sus victorias. Como quiera que sea, se concluye diciendo: La sabiduría humana es siempre corta en todas partes y Roma, la ciudad providencial, no debía todavía percar; debía al contrario caminar engrandeciéndose hasta que hubiese preparado el reino del Mesías, rey inmortal de los siglos y de los imperios. Así como el fruto que se come en el mismo árbol tiene un sabor exquisito, así esta discusión tomaba en los lugares mismos un encanto y un interés particulares.

De aquí resultó que ella nos condujo sin saberlo hasta las orillas del Volturno, río cenagoso que baña los muros de Cápua. Sonaban las diez cuando entramos á la ciudad fatal al vencedor de Cannes; me engaño, la antigua Cápua está á tres millas de la nueva. Un coche de la plaza de la familia del *Carricolo* napolitano nos trasladó á ella en pocos momentos. Pero ¡ay! en lugar de una ciudad brillante encontramos una pobre aldea llamada *Santa María la Mayor*. Las ruinas de que esta llenó el suelo, atestiguan las invasiones de los bárbaros y de la inhumanidad romana. Olvidando los servicios que Cápua había hecho á Roma después

de la humillación de las Horcas Caudinas, ésta trató á aquella república con inaudita crueldad por haber recibido á Anibal; el pueblo reducido á la esclavitud fué vendido en almoneda, y los senadores después de ser azotados con varas, fueron decapitados. Cápua reedificada por Julio César, se vió sucesivamente ocupada, saqueada y quemada por los Vándalos, los Ostrogodos y los Sarracenos; y después el año 840, el émulo de Roma por el lujo y la riqueza, la madre de la elocuencia, como la llama Ciceron, no fué más que una sombra, un espectro sentado en su tumba.

De todas aquellas ruinas, las mejor conservadas son las del anfiteatro. Los visitamos con una curiosidad tanto más viva, cuanto que existen debajo de la arena cámaras y corredores espaciosos cuyo destino no es muy conocido. El anfiteatro de Cápua, edificado con una solidez á toda prueba, tiene en su diámetro mayor 252 piés, y en su diámetro menor 153. Su circunferencia exterior es de 396 piés, y el espesor de los muros y de las construcciones es de 132. La arena está sostenida por bóvedas destinadas, según unos, al servicio de los hombres empleados en el juego. Ver como otros, en aquellas construcciones subterráneas, Lupanares ó Termas, es sostener una opinión que no carece de fundamento. Todo el mundo sabe que estos lugares eran inseparables de los anfiteatros. Ahora los voluptuosos y sanguinarios Campanianos, que no contentos con tener á su servicio una escuela numerosa de gladiadores, fueron los primeros en hacer uso del *velarium* ¿podían olvidar ese complemento necesario á los placeres de todos los pueblos antiguos? Como quiera que sea, á vista de este colosal monumento, se pregunta: ¿cuáles serían las riquezas de Cápua y su sed sucesiva de juegos y de placeres para sacrificar allí una parte tan grande de sus facultades? Esperando á

que la ciencia moderna resuelva este problema, presentado à sus meditaciones en casi todas las ciudades paganas, el aspecto de aquellos edificios, tantas veces empapados en sangre ó iniquidades, presenta un monumento eterno de la justicia divina. Aquí, como en otras partes, ella aparece destruyendo las ciudades culpables, y dando á los Campanianos, como á todos los pueblos, á cada cual segun sus obras. En Cápua volvimos á encontrar á Horacio y á sus nobles compañeros, á quienes habíamos dejado en Istri. Mecenas jugaba á la pelota y Horacio y Virgilio dormían:

Hinc muli Capuae elitellas tempore ponunt,
Lusum it Mecenas, dormitum ego Virginesque:
Namque pila lippis inimicum et ludere crudis.
Hor. lib. I. Sat. 5.

«A Cápua es de allí corta la jornada,
Y llegamos temprano á la posada;
Mecenas á jugar á la pelota
Se escabulló corriendo,
Virgilio y yo quedámonos durmiendo.»

Trad. de Burgos.

Sentimos mucho no poder almorzar con ellos á la magnífica vila de Coccego:

Hinc nos Cocceii recipit plenissima villa;
Hor. sat. 5.
A la gran quinta que Cocceyo habita
.....
Al otro día pasamos.

Trad. de Burgos.

Así vueltos á la nueva ciudad, no tuvimos por desayuno más que dos enormes platos de *broccoli*, especie de coliflores particulares de la Italia, que se sirven con aceite; todo el mundo las encontró detestables y cada uno tuvo para extasiarse en las delicias de Cápua. En compensacion nos fué dado conversar en frances con oficiales suizos al servicio de Nápoles; estaban allí en calidad de instructores de la escuela de artillería. Por indicacion de ellos nos dirigimos á la catedral en donde hermosos recuerdos aguardan al artista y al cristiano. A la cabeza de los monumentos se coloca la Madona en Mosáico, una de las obras más bellas de la época byzantina; data del siglo nono. En el centro del

arco aparece la Santísima Virgen llevando la corona de perlas, la túnica y el manto, esmaltados con piedras preciosas, segun la costumbre de las emperatrices del Oriente. El rostro es de gran belleza y la postura muy graciosa. Los piés de la celeste reina descansan en el *Suppedaneum*, reservado á los personajes de distincion; el Niño Jesus está sentado en el regazo de su Madre, teniendo en la mano izquierda una gran cruz. Abajo de esta primera figura se lee MP (H)R, abreviado de las palabras griegas MHTHP (H)EOR *Mater Dei*, Madre de Dios. A la derecha de la Santísima Virgen están en pié San Pedro y San Estéban, el primero llevando las llaves duinas con las cuales rinde homenaje á María; y el segundo vestido con dalmática, teniendo el libro de los Evangelios, símbolo de sus funciones; á la derecha y en la misma actitud, está San Pablo levantando la mano hácia María, y Santa Agata cubierta con un manto brillante de piedras preciosas y llevando en la mano izquierda una corona de perlas, símbolo de la virginidad. En la cima del arco aparece el Espíritu Santo en forma de paloma, con la cabeza rodeada de una diadema triangular, emblema byzantino de la Santa Trinidad. En la cuerda del grande arco se lee esta inscripcion, que fija la fecha del monumento:

CONDIDIT HANC AVIAM LANDULFVS,
ET OTO BEAVIT
MOENIA RES, MOREM VITREUM DAVIT VGO
D COREM.

«Landulfo hizo esta aula; Oton la consagró; Ugo adornó, segun la costumbre de adornar, con vidrio las paredes y otras cosas.»

La palabra *beavit*, hizo bienaventurado, por decir *consagró*, es ciertamente una de las más ricas expresiones de la lengua cristiana. 1

1 Ciampini *Mon. Veter.* t. II p. 167.

Despues de haber admirado aquella hermosa página del arte cristiano, entramos á la catedral y saludamos las glorias de aquella antigua iglesia. Al llegar á Cápua el jefe de los pescadores galileos, que recorría el mundo sembrando obispos, consagró á su compañero de viaje, á San Prisco, uno de los setenta y dos discípulos, y lo estableció pastor de aquella naciente cristiandad. 1 Todas las columnas del templo, quitadas del anfiteatro, son monumentos de la victoria del cristianismo. En la crypta se admira el *Cristo muerto*, obra del Bernino, segun unos, y segun otros, de Vaccaro su discípulo. Al internaros en la iglesia leed la bella inscripcion que recuerda el nombre y las virtudes del célebre cardenal Belarmino, arzobispo de Cápua. Hé aquí uno de los hombres que la iglesia puede mostrar con orgullo á sus amigos y á sus enemigos. Clemente VIII no fué más que el órgano de la opinion pública cuando al designarle para la púrpura romana, hizo de él este elogio, único tal vez en la historia: «Le elegimos porque no tiene igual en ciencia en el mundo católico.» 2 A pesar de tanto mérito, el humilde religioso rehusó los supremos honores que tan dignamente se le ofrecían. El temor de ofender á Dios y la amenaza de excomunion fueron las únicas cosas que pudieron triunfar de su resistencia.

Júzguese de la emocion del viajero cristiano, cuando ve en la catedral de Cápua el lugar en que el Bossuet del siglo décimosétimo, se sentaba todos los domingos en medio de los pobres y de los niños del pueblo para hacerles catequismos. ¿Debe causar admiracion que el nombre de Belarmino siga siendo bendito y que se con-

1 Ant Cariatociode Sacris Eccl Neap. Mon p. 70.—Salvaggio, *Antiquit. christ. Instit.*, t. 1, p. 53.

2 Hinc elegimus quia non habet parem in Ecclesia Dei quoad doctrinam.—*Vit. Card. Belar.*, lib. II, c. 5.

serven con cuidado religioso, en la sacristía de la iglesia, un gran número de ornamentos que usó el *santo* cardenal? Otra de las glorias de Cápua son los mártires. Saludemos con los siglos á los héroes cuya sangre purificó la antigua ciudad, famosa entre todas por los crímenes que en ella se cometieron. A la cabeza de ellos marcha San Prisco, su primer obispo, condenado á muerte en la vía *Aquaria* por orden de Neron; viene en seguida su ilustre sucesor San Rufo, patricio de nacimiento, cristiano por el bautismo, obispo por la uncion episcopal que recibió de San Apolinar, discípulo de San Pedro y mártir por la gracia de Neron; siguen sus huellas el joven Antonio, con Aristo su compañero, Quineto, Arcóncio, Donato, Rósio, Heracio y muchos otros que forman la gloriosa legion, cuya vanguardia fueron Santos Rufo y Carpóforo, martirizados bajo Diocleciano.

Despues de haber rendido nuestros homenajes á los fundadores y á los conservadores de la ciudad cristiana, partimos de Cápua con un calor espantoso. El camino estaba cubierto de una gran capa de polvo constantemente agitada por los numerosos carruajes que encontrábamos; este polvo, de una blancura y de una finura extremas, fué para nosotros un verdadero suplicio. Ademas, nada es tan extravagante como los trenes de conduccion del país. Ya es una carreta de dos ruedas, provistas de algunas planchas, á guisa de bancos, y arrastrada por un buey y un búfalo; ya es un carro ordinario conducido por un caballo y un asno, algunas veces por un buey y un caballo, y otras por un buey ó por solo un Búfalo. En ninguna parte se puede ver tal variedad, por no decir tal baturrillo. Entre tanto, la bonita ciudad de Aversa vino á llamar nuestra atencion á otros objetos. Todo lo que el tiempo nos permitió ver fué el bello esta-

blecimiento de locos, mucho tiempo confiado á los cuidados inteligentes del abate Linguiti. Este, que con el de los Hermanos de San Juan de Dios fué el primero en Europa, ha tenido el mérito de librar á esos desgraciados de los lazos con que estaban sujetos, y de someterles á un tratamiento más suave y más saludable. La situación del hospicio es muy á propósito; bosqueillos, patios, jardines, plantíos, vastas salas adornadas con pinturas y esculturas; un museo, una biblioteca y un billar dan á este asilo del infortunio todo lo apetecible de una suntuosa ciudad. Sería de desearse allí alguna más limpieza y más orden, que sea dicho de paso, no parecen ser las virtudes cardinales de los italianos.

Antes de las cuatro se detenía nuestra berlina en las puertas de Nápoles. La visita muy severa de nuestros equipajes, la entrega de nuestros pasaportes y la del permiso para permanecer allí, nos detuvieron largo tiempo. Al viajero que llega por tierra, no se le presenta la tercera capital de la Europa bajo un aspecto favorable. La vista encuentra casas más ó ménos elegantes, pero nada que anuncie á la soberbia Parthenope. Más feliz es el pasajero que llega por mar; para él, Nápoles se muestra en todo el brillo de su magnificencia. Entre tanto, vimos á la izquierda un vasto edificio, cuyo aspecto causa una muy dulce emoción al viajero cristiano; éste es el *Albergo reale dei poveri*, palacio real de los pobres. Nos inclinamos ante el soberbio edificio, al cual prometimos una visita detallada.

Nos esperaba, sin saberlo nosotros, una visita que no tardó en fijar nuestra atención; un batallón de *lazzaroni* escoltaba el coche. En la alegría de sus rostros era fácil adivinar el placer que les hacía gustar la esperanza de servir muy pronto á los nobles forasteros. Puesto que el lazza-

roni es la primera curiosidad napolitana que se presenta, comencemos por describirla. Sin duda es ménos poético, ménos pintoresco; en una palabra, ménos interesante que en otro tiempo; sus antiguas costumbres están notablemente modificadas. Ya no acampa en la calle; la canasta de mimbre ó la losa de las enercujadas no forma ya su lecho; no es ya extraño á la civilización, en cuyo centro se ha lanzado; ha renunciado á su desnudez salvaje. En estío lleva un calzón de tela, como la de sus primeros abuelos; su cabeza está adornada con un gorro frigio, pero no conoce sino por excepción el uso de las medias y el calzado. En invierno se cubre con un chaleco de lana de anchas mangas y de capuchón; por fin ha llegado á ser locatorio y hasta parroquiano. A pesar de sus cambios, conserva cierto continente que forma de él un tipo aparte. Alegre, sin aspiraciones, viviendo del día, sin pensar nunca en mañana; gozando deliciosamente de su hermoso cielo, razonando sobre bellas artes, improvisando poesías, encuentra en este pasatiempo la felicidad ó una ilusión que se la asemeja.

Como maestro ejercitado en pantomima, expresa, cuando quiere, con el juego variado de su fisonomía, el movimiento de la cabeza y la movilidad de su mano, todo lo que siente, todo lo que desea; pero este lenguaje mudo no le conviene sino con sus semejantes y en ciertas circunstancias en que el misterio es un deber. En cualquiera otra parte, es el más gritón de los mortales; grita en vez de cantar, grita en vez de hablar; y apenas comienza el día cuando os ensordece con sus vociferaciones incesantes. No hay medio de sustraerlos á ellas, porque está por todas partes, en el puerto, en las calles, en las plazas, delante de los monumentos, pero so-

1 Napolitani maestri in schiamazzare. Alfieri, *Son* CXLIII.

bre todo en las estaciones de los coches públicos; se multiplica en el *Toledo*. ¿Le necesitáis? allí está. ¿Os es inútil? también está allí, siempre listo para haceros aceptar sus servicios, y encuentra sin trabajo el medio de hacerse necesario. ¿Quereis ir á alguna iglesia? él conoce el camino. A un museo? os servirá de cicerone. ¿Pedís un barco? todos los barqueros son sus amigos. ¿Tomais un coche? él os abre la portezuela, baja y levanta el estribo y sube de jockey. Durante el viaje, ríe, canta, os divierte, y de tiempo en tiempo os dice al oído: *Eccellenza, una bottiglia*. Al fin del camino salta abajo del coche, os presenta un pequeño tapete para poner los pies, acepilla vuestro vestido y los zapatos, recibe vuestros *tornesi*, os saluda con un aire respetuoso y maligno; también limpia las pezuñas al caballo y le peina la crin, poniéndose luego en espera de otra ocasión de practicar sus habilidades.

El *lazzarone* es de todas edades y de todos tamaños. En nuestra excursión á la gruta del Perro, es decir, durante una hora y media, fuimos seguidos sin piedad, á pesar de nuestras reiteradas amenazas, de un pequeño *lazzaro*, cuyo tipo era el que acabamos de describir. No cesó de darnos indicaciones que no necesitábamos. A todas nuestras interpelaciones para que se retirase y nos dejase en paz, él contestaba sonriendo: *Eccellenza sí, Eccellenza sí*, y seguía lo mismo. Por fin en un movimiento de vivacidad, le dijimos: «Vete muchacho, mal *lazzarone*.—*Eccellenza no*; no, Excelencia, yo no soy un *lazzarone*; os pido una botella, mientras que los *lazzaroni* roban los pañuelos á todo el mando, *rubano li fazzoletti della gente*.» Fué necesario ceder á su importunidad; le dimos algunos *granos* para que comprase macarrones.—«Gracias, Excelencias,» nos dijo, y nos dejó, saltando de alegría y en realidad más feliz que el rey de Nápoles,

el cual no pasa por ser el monarca ménos feliz del mundo civilizado. Añadiré, en alabanza de los *lazzaroni*, que la fe es muy viva en sus corazones y que son ménos malos que su reputación; ya hablaré sobre esto.

Llegamos, pues, al hotel rodeados de un numeroso cortejo. Veinte *lazzaroni* se precipitaron á la vez sobre nuestros equipajes; todos se disputaban el honor de servirnos. En un abrir y cerrar de ojos, ruedas, asientos, interior, todas las partes del coche fueron invadidas. Nuestro *veturino* (cochero), espectador atento, viejo Romano que conocía su gente, estaba en pié con el látigo en mano y decía en voz alta, en las barbas de nuestros *listos servidores*: *Signori, badate*. «Señores, cuidado y velad por vuestros efectos.» Parece que la verdad no ofende á los *lazzaroni*, ó que nuestro conductor los calumniaba, porque ellos cumplieron risueños su tarea bajo los fuegos de aquellas insultantes recomendaciones; nada se perdió.

18 DE FEBRERO.

Vista general de Nápoles.—Encuentro con un regimiento de la guardia real.—Catedral.—Tumba de Carlos de Anjou.—Columnas antiguas.—Bautisterio.—Basílica de Santa Restituta.—Historia de esta Santa.

Ved á Nápoles y morid despues. Nuestro primer pensamiento fué verificar por nosotros mismos este proverbio italiano; prometiéndonos además no morir. Se conviene en que el panorama de Nápoles es el más magnífico de la Europa; sería el más bello del mundo, si el de Constantinopla no le fuera superior, como se dice. Para gozar de él, subimos al fuerte Santelmo. Desde la altura de esta ciudadela, cuyos fundamentos están cavados en la viva roca, se domina la ciudad entera y